

María García Torrecillas: El paradigma de las mujeres en el exilio republicano (1936-1943)

María García Torrecillas:
The paradigm of women in the republican exil (1936-1943)

Carmen González Canalejo

Universidad de Almería.

Recibido el 25 de febrero de 2010.

Aceptado el 12 de marzo de 2010.

BIBLID [1134-6396(2009)16:1; 175-187]



Con María García, no solo se ha descubierto a uno de los símbolos que representan el paradigma de las mujeres republicanas españolas en el exilio. Su obra, *Mi Exilio*¹, descubre las penosas condiciones de subsistencia padecidas por ella y de tantas otras mujeres que cruzaron la frontera hacia los campos franceses preparados para los refugiados republicanos. Se trata de uno de los capítulos más dramáticos y desconocidos de la Historia de las Mujeres.

El texto que aquí reproducimos es una parte de esta obra. Trata de la historia de muchos republicanos que lucharon por la República y cayeron con ella. Se sitúa en la Barcelona de las primeras semanas de 1939, tres meses antes de que el bando rebelde, proclamara el hundimiento de la República y la victoria franquista que condenó a muchos republicanos a vivir lejos de los suyos y de su patria. Interesa el desmembramiento de las familias republicanas al final de la contienda, el inicio de lo que sería un largo exilio y la problemática existencia por la que pasó en los campos de refugiados del Sur de Francia. La necesidad de evocar a María García en el contexto de esta revista se debe, sobre todo, a las experiencias que esta refugiada consagra para la historia. Experiencias en las que se entrecruzan el desarrollo de "lo político" en el marco del final de la guerra interior española, las condiciones de supervivencia y las redes de ayuda mutua en los

1. GARCÍA TORRECILLAS, María: *Mi exilio*. Monterrey (México), Edit. Felipe Sáez, 3ª edición, 2005.

barracones de los campos de refugiados y, el inicio de la Segunda Guerra Mundial.

Con un lenguaje sencillo, directo y sin ningún adorno, las memorias de esta exiliada, publicadas hace cinco años, no ha sido de la atención de los historiadores. Así, en el contexto del documento que reproducimos, María García subrayaba las dificultades en las que el final de la contienda traducía en insoportable y opresora la vida cotidiana, tan sólo comparable con la realidad de los campos al otro lado de los Pirineos.

La retirada. Francia y los campos

No recuerdo bien la fecha pero creo que era Enero del 39, cuando ya no fuimos al trabajo: salí a la calle y me esperaban los compañeros para salir de la ciudad y ver a dónde llegábamos. Cogí una muda y la puse en una bolsa y con lo puesto nos echamos a caminar y camina carretera adelante. No sé cuántos kilómetros hay desde Barcelona hasta Gerona, donde dormimos con los aviones bombardeándonos todo el tiempo. Cuantos compañeros y amigos dejamos en el camino... Cuando morían, como no se les podía dar sepultura los acomodábamos en las cunetas y con mucho dolor ahí los dejábamos, hijos a sus padres y padres a sus hijos. Cuando recuerdo todo esto pienso que no fui yo la que pasé por todo esto. A la llegada a Gerona lo primero que hicieron mis compañeras fue buscar un oculista para que me quitara una rebaba que se me había metido en el ojo desde la salida de Barcelona, todo el camino llorando de dolor, así que cuando me vio el oculista me pudo sacar la rebaba y me dio algo para que me echara varias veces en el día y cuando le preguntamos que cuánto le debíamos, me abrazó diciéndome que era de los nuestros, por lo tanto, en cuanto puedo ayudar en algo, me siento contenta. Era un hombre mayor que nos deseó mucha suerte y que llegáramos bien a Francia. Volví a nacer y ya estaba lista para continuar, pues nos faltaba mucho para la frontera.

Salimos del consultorio, ya casi sin molestias, mis compañeros contentos me llevaron a comer algo porque llevaba casi dos días sin alimento, debido al dolor en el ojo, así que ahora ya pude comer y descansar un poco. Me acuerdo que nos llevaron a lo que fue una fábrica de corcho, así que nos acostamos sobre los residuos que había y nos dormimos bastante tiempo. Ya estábamos descansados y listos para continuar nuestro viaje hacia Francia. Cuanto más nos acercábamos sentíamos algo muy triste y doloroso, pero pensábamos, y así lo creíamos, sería por poco tiempo.

Por fin llegamos a la frontera, a Puigcerdá, allí me encontré a mi novio, Teófilo, que hacía meses que no nos veíamos. Me dio mucha alegría, así como de mis compañeras, María Gil y Angelita con las que había acordado que nunca nos separaríamos y juntas regresaríamos a España...

¡Triste realidad....se encontró a unos familiares y se fue con ellos. María Gil, y yo con nuestros novios, seguimos juntas.

Pasamos la frontera tres días después, la primera sensación cuando te dicen, “dos pasos adelante, esto es Francia sigan a los gendarmes”, nos gritaban: “ALE ALE”, claro que no entendíamos qué nos querían decir, unos iban adelante y, otros detrás, nos llevaban corriendo, nunca pensábamos cuál sería nuestro destino. Recuerdo que cuando pasábamos algún pueblo la gente de ahí corría a refugiarse en sus casas. Luego supimos el motivo de ello, es que nos habían hecho [los franquistas] muy mala propaganda.

Por fin llegamos a nuestro nuevo hogar, nunca pensamos la sorpresa que nos tenían guardada los franceses. Al ver aquello todo fue llorar y pensar qué vendría después. Estábamos en un campo de concentración que hicieron en la playa de Argelès - sur - Mer, rodeado de alambres de púas y sólo arena. Era enero de 1939 con un frío horrible y el viento de esa época, que si no mal recuerdo le llaman tramontana. No podíamos caminar, y mucho menos en la arena. Teníamos que agarrarnos varias personas para poder estar en pié.

Ante este panorama acordamos mi novio y yo hacer vida común y cuando estuviéramos libres arreglar nuestra situación legalmente. Mi amiga hizo lo mismo, en grupo nos sentíamos protegidas. No teníamos comida, cuando repartían algo era pan y bacalao seco el cual no se podía comer de lo salado que estaba. No teníamos agua potable, llegaban camiones con agua pero no teníamos en qué beberla, así que a buscar un bote y si lo encontrábamos lo lavábamos en la playa con agua del mar y en eso bebíamos, y así nos fuimos haciendo de varios para poder guardar un poco hasta que volviera a regresar el camión, porque si el hambre es mala, la sed es mucho peor. Los primeros meses fueron horribles. No teníamos baños donde poderse uno asear o hacer sus necesidades, teníamos que hacerlo en la playa o donde se podía. Siento que esto fue lo peor del Exilio.

Después de unos meses nos pusieron una barraca de madera con agujeros por todas partes y unas regaderas con agua fría, una para mujeres y otra para hombres, allí entrábamos de quince a veinte, con el agua helada; el que tenía jabón, qué bueno, el que no, con arena te frotabas. Por lo menos cuando hacía frío y el agua helada te tallabas fuerte y salías morada a vestirte con la misma ropa ya que no había otra ni dónde lavarla. Aunque pasaba un río cerca, estaba fuera del campo y nos tenían prohibido salir. Siempre estaban los gendarmes en la puerta y los senegaleses y moros, a caballo vigilando el campo, porque teníamos prohibido acercarnos a las alambradas. Si alguien se atrevía le echaban el caballo encima y si te caías, pobre de ti si te alcanzaban, porque no les importaba si te pisaban o te mataban, ellos seguían y tú allí te quedabas hasta que algún compañero podía ir a ayudarte; para esto los gendarmes franceses, viéndolo todo, se reían y aplaudían lo que hacían esos hombres montados a caballo. Cuántas veces llorábamos de rabia de no poder rebelarte por tantas injusticias que cometían con nosotros. En las noches cuando se dormían los gendarmes,

los hombres iban a los camiones y robaban el pan y el bacalao el cual poníamos en un bote, de los que habíamos encontrado y lo cocíamos en agua para poder quitarle lo salado, eso comimos durante muchos meses en desayuno, comida y cena, mitigando así un poco el hambre.

Por falta de aseo pronto aparecieron los parásitos. Los piojos los teníamos de todos los tamaños, ya no sabía uno qué iba a hacer con tantos, ibas caminando y se te paraban como moscas, aquello era un foco de infección tremendo, empezando, las personas mayores a tener problemas de salud y los gendarmes no se daban por enterados. Teníamos buenos doctores entre nosotros pero no tenían las medicinas necesarias para atacar esas infecciones, así que, con mucho dolor lo único que podías hacer era dejarlos morir. Cuando esto sucedía los enterrábamos en la arena y otros se iban al mar y el familiar que quedaba, por mucho tiempo no lo podía superar. Todos lo presenciábamos y también lo pasábamos muy mal al vernos impotentes y no poder hacer nada ante ese dolor, por la pérdida de sus seres queridos.

Ante todas esas calamidades y las necesidades más elementales, se empezó a protestar y, después de varios meses de vivir en esas condiciones, por fin nos anunciaron el cambio de campo de concentración. Situado también en la playa, cerca de Argelers, éste se llamaba Saint Cyprien. Empezó el cambio y la separación de amigos y familiares, porque a un campo se llevaron a los matrimonios, a otro a las mujeres solas con niños y, a otro, a los hombres solos.

Aquí se mejoró mucho. Ya teníamos barracas con divisiones interiores con muchos agujeros, el piso de arena y el techo de lámina. Al menos ya podíamos protegernos de la tramontana, ése viento que sin no tienes donde agarrarte, te tumbaba. ¡Cuántos días amanecíamos con la barraca enterrada por la arena y teníamos que, los que estábamos libres, desenterrar a los que no estaban, unas veces nos tocaba a unos y otra a los otros, según de donde venía el viento. Pero allí todos éramos una familia prestos a ayudar si era necesario lo cual nos hacía sentir mejor. Ya teníamos donde hacer nuestras necesidades y regaderas y, aunque nos hallábamos en una comunidad, siempre hubo respeto.

Para los hombres también había regaderas separadas de las nuestras. La comida mejoró, nos daban rancho como a los soldados que se componía de caldo de lentejas con muchas piedras, la carne ni la veíamos y cuando caía un pedacito en el caldo, hacíamos fiestas. El plato era de lámina, una cuchara y un tenedor que nunca se usaba, así todos los días.

También nos pusieron unos lavaderos para la ropa, pero no teníamos jabón ni dinero para comprarlo. Por fin nos empezó a llegar ayuda de ropa y comida, lo cual aprovechaban los gendarmes para llevarse lo mejor y lo que no servía era lo que nos daban. Llegaba leche para los niños y galletas de lo cual no veíamos nada. Por esto la gente del pueblo ya se había informado bien que los que estábamos ahí éramos gente decente que no podíamos volver a España ya que seríamos fusilados o encerrados en la

cárcel por Franco, así que empezaron a llevarnos alguna cosita como jabón para lavar o para bañarte, algo de comida, todo esto sin que nos vieran los gendarmes ya que si nos pescaban nos lo quitaban y se lo comían delante de uno como diciendo “te aguantas con lo que te damos o te mueres”.

Para esto, el gobierno de Negrín ni idea tenía de cómo vivían los españoles en los campos de concentración con los moros a caballo cuidando que no te acercara a las alambradas y si lo hacías te daban de latigazos o te echaban el caballo encima, lo que hacían aún sin tener motivo para reírse de ver cómo corríamos y los gendarmes celebrando con ellos.

En el campo de hombres, que se encontraba enfrente, nos dividía a través de un río que estaba seco y cuando no se daban cuenta los gendarmes, a base de gritos se saludaban los familiares [de uno y otro campo]. Los campos de mujeres y de hombres no tenían divisiones en las barracas por lo que dormían uno junto al otro por la gran cantidad de gente que había por barraca. Cada vez había más parásitos debido al hacinamiento. Después de tantos meses pienso cómo un ser humano, aguantó tantas vejaciones sin rebelarse.

Para entonces ya empezaba a recibir carta de mis papás y hermanos y en todas me repetían que siguiera en Francia, que ni se me ocurriera regresar a España. Me preocupaba tanto que insistieran en que no regresara a España. En esto que recibí una carta de mi hermana desde Barcelona, que se dio a un amigo que vivía en la frontera y éste, por medio de un familiar la pasó y me la llevaron al campo, en ella me contestaba la suerte de mi hermano Juan que lo habían cogido preso en Cartagena por luchar al lado de la República. Parece que presentía la suerte que le esperaba, qué caro pagó el ir a hacer el servicio militar en España y poder ir a ver a los papás en vacaciones aunque fuese una vez al año, triste realidad. Se pasó la mitad de su vida en la cárcel, dos veces estuvo condenado a muerte salvándose de milagro gracias a mi hermano Roque que iba donde estaba preso y se hacía amigo de la persona que recibía los expedientes de los que iban a fusilar y, al día siguiente de recibir información, sin que lo vieran los vigilantes, entraba y sacaba el de mi hermano exponiendo su vida también ya que si lo agarraban hubiesen muerto los dos. Pobres de mis padres lo que sufrieron por la suerte de sus hijos, cuando salió Juan de la cárcel, veintidós años después no los pudo ver, pues ya habían muerto.

Por eso no querían que regresara. La policía me andaba buscando por ser de izquierdas, para esto el tiempo iba pasando y la vida en el campo era cada vez más pesada. Empecé a sentirme mal, no podía comer nada, hasta que me di cuenta que estaba embarazada, al comentárselo a mi esposo lloramos juntos de alegría por nuestro primer hijo y entonces, ya era otra preocupación más para nosotros, cuál sería su suerte, en aquellas circunstancias, qué le podríamos ofrecer. Cada día me sentía peor, no comía nada y perdía peso, la comida que nos daban ya no podía con ella, las famosas lentejas que creo que ni a los soldados les daban y nuestro gobierno no se preocupaba de cómo vivíamos o qué comíamos.

Cada día me preocupaba más el porvenir de mi hijo. Las amigas me animaban mucho, en eso me entero que otra señora, la señora Encarna Vera, también esperaba su primer hijo más o menos en la misma fecha. Las dos nos dábamos ánimo y pensábamos que para entonces ya habría cambiado nuestra suerte, y sí cambió, sobre todo para mí. Ya tenía el sexto mes de embarazo cuando una mañana nos levantamos con la sorpresa que los gendarmes estaban preguntando por mi marido ya que tenían orden de llevarlo a otro campo con varios más. Al preguntar la razón nos respondían que había una denuncia de que era comunista. Respuesta por parte de ellos absurda, porque todos éramos antifranquistas.

Recuerdo y Memoria

Mi exilio, de María García Torrecillas es una declaración sobre la emigración forzosa de las republicanas y los comportamientos regulados por códigos humanitarios y redes de ayuda femenina en los campos de refugiados del Sur de Francia, en la Maternidad de Elna y el exilio a México, entre 1936 y 1943. Estas memorias son una evocación a las mujeres que vindicaron la dignidad de las que huían de la tiranía de las dictaduras y de las guerras: la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial. Es uno de los testimonios vivientes de la toma de Barcelona por las tropas franquistas en el crudo invierno de 1939².

Nacida en el municipio almeriense de Albanchez el 16 de mayo de 1916 en el seno de una modesta familia numerosa, su trayectoria biográfica constituye la historia de la construcción de redes femeninas, las cuales consiguieron aislar de la tiranía de unas guerras patriarcalmente impuestas al sector materno-infantil³. Emigró a Barcelona en compañía de una de sus hermanas, a la edad de veinte años. Era la época en que los jóvenes abandonaban los pueblos almerienses dejándolos casi desiertos. Buscaban en la zona industrial de Cataluña, mejores oportunidades. La mayoría de los emigrantes del Albanchez de aquella época eran varones, pero no pocas jóvenes también optaron por esta iniciativa. A las mujeres las impulsaba el anhelo de colocarse como trabajadoras en alguna fábrica, como costureras o bien como sirvientas. El caso era buscarse una independencia económica que, casi siempre, conseguían gracias a las redes de ayuda de familiares y

2. Después de más de 60 años de exilio, la voz de María García Torrecillas, se escuchó por primera vez en España durante la presentación de la Exposición "La Maternitat d' Elna. Bressol de l'exili. 1939-1944", promovida por la Generalitat de Catalunya y la Universidad de Barcelona, 16 de diciembre de 2005.

3. MONTELLÁ, Assumpta: "La nostra lista de Shcindler". *Sàpiens*. 33 (julio 2005), 22-29.

paisanas ya establecidas en estos núcleos. Pero otras veces, emigraban las madres solteras o aquellas que habían roto las relaciones conyugales y sólo podían rehacer dignamente su vida trabajando en las grandes ciudades⁴.

Culturalmente estaba mejor preparada que la mayoría de las jóvenes del municipio. Sus progenitores se preocuparon de que adquiriese unos estudios primarios en la escuela que el Ayuntamiento republicano había instalado en su pueblo natal. Su madre formaba parte del inmenso sector femenino que no había tenido oportunidad de acceso a la instrucción, pero su padre era el único que leía la prensa diaria y la comentaba con los vecinos en la plaza del pueblo. Sin embargo, ambos estaban educados socialmente en los valores de la cultura laica republicana, basada en la libertad de expresión, la cultura democrática, la solidaridad ciudadana, y de libre elección en la toma de decisiones individuales, cuyos valores les transmitieron a sus hijos. La preparación básica escolar, un hábito voraz por la lectura y una inteligencia poco común fueron las claves para vencer las dificultades de una emigración interior forzada por la necesidad de subsistencia en las capas más humildes de aquel tiempo. Esta era la cultura aprehendida e identitaria que formaba parte de la mentalidad de María García y de otras muchas mujeres que vivieron su infancia y adolescencia en la época republicana y las equiparó en muchos momentos en respeto y consideración, a los varones.

Era enero de 1936 cuando llegó con su hermana Carmen a Barcelona y se instalaron en el domicilio familiar de un hermano casado, con dos hijos. A los pocos días, María comenzó a trabajar en una fábrica de hilados donde otras compañeras trabajadoras de aquella fábrica la ayudaron a aprender el oficio y a vencer las dificultades idiomáticas que entraña la integración de la emigración. Pocos meses después, la sublevación franquista inició el derrumbamiento del gobierno democrático republicano con la consiguiente Guerra Civil que acabó con la vida de su hermano, el encarcelamiento de otro, y el saqueo económico del resto de la familia instalada en Albanchez, tras ser denunciada por el cura del municipio al inicio del régimen franquista, dada la identificación de los miembros de la familia con las ideas republicanas.

Sus ideas políticas maduraron con la formación de la conciencia cívica que le ofrecieron los nuevos espacios de sociabilidad en la fábrica barcelonesa donde trabajaba, convertida durante la contienda en una fábrica de armamento para la causa republicana. Acostumbrada a las tareas del campo de su adolescencia, tenía fuerzas suficientes para manejar, junto a otras trabajadoras, el cuerpo cilíndrico de las bombas. Hoy día, aún ella no se explica de dónde aquel grupo de mujeres sacaban tanta fuerza como

4. GARCÍA TORRECILLAS, María. Entrevista oral, febrero de 2007.

era necesaria para este trabajo. “Al principio —dice— los hombres no nos veían con buenos ojos, pero éramos respetadas porque hacíamos bien nuestro trabajo”⁵. En sus horas libres, acudía a las enfermerías donde médicos y enfermeras del Socorro Rojo atendían a los heridos. Allí aprendió los principios básicos de los cuidados de urgencia, experiencia que le fue esencialmente útil posteriormente, durante su exilio en Francia y, después, en México donde tuvo oportunidad de trabajar como enfermera.

El 26 de enero de 1939, Barcelona cayó en manos del bando sublevado. Se inició entonces un éxodo sin precedentes en la Historia de la España Contemporánea. Era la huída hacia Francia de toda una comunidad, junto a miles de refugiados que procedían de todos los rincones del Estado español, llegados en los últimos meses huyendo del ejército franquista. La guerra estaba perdida. Casi medio millón de personas atravesaron los Pirineos entre los últimos días de enero y primeros de febrero de aquel año⁶. El exilio había comenzado. Una larga e interminable columna humana llenaba todos los caminos y carreteras que conducían a Francia por la Junquera. Como todos los exiliados que llegaron a la línea fronteriza, María recuerda la decisión desesperada de pasar al otro lado donde sólo había una imagen y un sonido que acompañaría al colectivo exiliado durante mucho tiempo: los alambres de espigas de los campos de refugiados. Caminaron a la zona del Rosellón francés, donde estaban situados los campos de concentración de Argelers, Sant Cebriá y el de Barcarés⁷. María junto a su compañero y un pequeño grupo de amigas de la fábrica quedaron instalados en el primero de los campos. Allí las mujeres embarazadas que lograron sobrevivir a la huída, fueron transportadas a los establos situados cerca de la estación de Perpinyá, para dar a luz entre la paja. A medida que éstas regresaban a los barracones, a falta de otros medios, tapaban a los recién nacidos con la arena para que no muriesen de frío. Las cifras de mortalidad infantil hoy día sigue siendo incalculable. Un año después pasó, junto a su compañero Teófilo Sáez, a los barracones habilitados para matrimonios del campo de Saint Cebriá de Rosselló cuando estaba en su séptimo mes de embarazo. Para entonces, la *Asociación de Ayuda Suiza a los niños víctimas de la guerra*, ya había creado cerca de esta localidad, la Maternidad de Elna con el fin de asistir a las españolas embarazadas y niños refugiados⁸. Dicha Mater-

5. *Ibidem*.

6. SOLÉ I SABATÉ, Josep María: “La represión de Barcelona. En TUÑÓN DE LARA, Manuel (coord.): *La Guerra Civil Española*. Vol. 22, 1977, pp. 85-95.

7. MONTELLÁ, Assumpta y SOLÉ SABATÉ, Josep María: “La Maternitat D’Elna, bressol de l’exili 1939-1944”. En: *Documentación de la exposición*. Barcelona, Centro de Exposiciones Palau Rubert, Barcelona, 2005, p. 3.

8. MONTELLÁ, Assumpta: *La Maternidad de Elna*. Badalona, Ara Llibres, 2007.

nidad la dirigía una joven maestra suiza, Elisabeth Eidenbenz, quien había trabajado en España en el seno de la organización señalada con motivo de la Guerra Civil. A partir de entonces, la vida de María y otras refugiadas embarazadas cambió favorablemente al ser trasladadas a la Maternidad, donde transcurrieron los siguientes dos años de su vida y la de su hijo. Allí, y gracias a la ayuda del pequeño grupo femenino suizo compuesto por una matrona, seis enfermeras y la Directora del centro, organizadas en una red de ayuda, dieron a esta refugiada no solo la posibilidad de ser extraída de los campos, sino algo tan imprescindible como la posibilidad de vivir en una "isla de paz" en medio de lo que había supuesto el exilio, la segregación familiar, la penuria de los campos, y la experiencia de otra nueva guerra: la Segunda Guerra Mundial. Para entonces, la invasión nazi-alemana ya había culminado con el gobierno de Vichy en la Francia de 1940⁹.

El testimonio de esta superviviente recogido en la incidencia biográfica que tratamos, también que aborda el desarrollo de su labor humanitaria desarrollada en la Maternidad de Elna. El trabajo de las mujeres de esta Maternidad nos sitúa en el marco de identidades femeninas que traspasa la frontera del ámbito local por cuanto tiene de común con la Historia de las Mujeres de la Francia ocupada, polacas o judías alemanas que huyeron del terror nazi y de la irracionalidad de la Segunda Guerra Mundial. Este Centro tuvo el objetivo de asistir a las mujeres españolas embarazadas recluidas en los campos de concentración. Con el tiempo, pasó a depender del patrocinio de la Cruz Roja Suiza, cuando la amenaza de la Segunda Guerra Mundial ya había cristalizado, hasta el año 1944 en el que la presión nazi se hizo muy fuerte y los alemanes la cerraron. En ella nacieron 597 niños de mujeres republicanas españolas, bastantes mujeres judías, polacas y de otras muchas nacionalidades que huían de los nazis. Desde que María García fue acogida para dar a luz en 1940 y los dos años posteriores, trabajó en la asistencia de más de 300 mujeres embarazadas de distintas nacionalidades europeas rescatadas por la citada asociación. La Maternidad estaba situada en el sur de Francia, cercana a tres de los 17 campos de refugiados que se crearon a partir del exilio republicano español y del posterior dominio nazi. Aquel Centro era un laboratorio de humanidad donde la consigna era respetar el precepto de la pluralidad de ideas políticas y religiones. El trabajo que

9. Fue iniciativa del Grupo de Investigación *Sur-Clío*, de la Universidad de Almería el presentar a María García Torrecillas como candidata a la Medalla de Oro de la Junta de Andalucía y proponer un homenaje al Presidente del Comité Autonómico de Cruz Roja de Andalucía, como reconocimiento a la labor humanitaria y de solidaridad internacional realizada durante su permanencia como enfermera en la Maternidad de Elna. Gracias a este homenaje, y a la concesión de este premio, le ha sido posible visitar Andalucía y su tierra almeriense tras más de 60 años de exilio.



esta refugiada desarrolló estuvo inmerso en este espacio femenino definido por Montellá como “una isla de paz envuelta en un marco humanitario excepcional”¹⁰. Los conocimientos básicos de enfermería aprendidos durante la contienda en el Socorro Rojo y la necesidad de sustituir a una de las enfermeras suizas, hicieron posible para muchas españolas cambiar de suerte y ser rescatadas definitivamente de aquellos campos donde a medida que los intentos de De Gaulle de que los nazis abandonaran Francia, las cosas iban a peor.

El hecho de trabajar en el Establecimiento materno-infantil no sólo era la manera de liberarse de la reclusión, de vivir una vida digna y recibir noticias de la familia que había quedado atrás. Era un espacio de comunicación y pedagogía donde las refugiadas y las gestoras del centro aprendían idiomas que mutuamente impartían; además de lecciones de y, educación materno-infantil dirigida a las madres. En determinados momentos del día, las refugiadas expresaban sus historias de huída, sus infortunios de la guerra. Era un espacio donde las diferencias sociales no existían. Por encima de la raza, creencias o estatus social, tenían en común el haber sobrevivido a los terrores de la guerra, pero también las unía el aprendizaje y la necesidad paz y de protección mutua. Procedentes de distintas nacionalidades europeas, en aquel maremágnum de culturas y de lenguas, las mujeres vencieron las barreras idiomáticas encontrando siempre la manera de comunicarse. El grupo de españolas era mayoritario, pero la guerra atrajo cada vez mayor número de judías procedentes Polonia, Noruega, Alemania y, de la propia Francia cuando ésta fue invadida por los nazis¹¹.

María García realizó una labor humanitaria insustituible. Trabajó incansablemente en la protección de la vida de otras mujeres y el cuidado materno-infantil realizando incluso, funciones de nodriza. Aspecto éste bastante frecuente entre las madres de la Maternidad ya que muchas no pudieron proporcionar lactancia a consecuencia de la inanición, el impacto psicológico y pésimo estado de salud que traían la guerra y los campos. Durante las ocasiones en que los nazis inspeccionaron el Centro en búsqueda de madres judías, se implicó directamente con la Directora del Centro, Elisabeth Eidenbenz, en la protección de las madres y niños alojados. Ambas ocultaron los verdaderos nombres de las refugiadas judías y el de sus hijos, y los registraron con nominaciones españolas, con objeto de que pasaran desapercibidos ya que el grupo de españolas no era del interés para la gestapo.

10. MONTELLÁ, Assumpta. Declaraciones a *El País Semanal*, del 9 de Octubre de 2005, p. 30.

11. MONTELLÁ, Assumpta: “Nostra lista de Schindler”. *Sapiens*, 33 (julio 2005), 22-29.

México fue el destino más común de toda la franja iberoamericana donde para entonces, ya se habían exiliado unos 11.000 españoles, algo más de la mitad de los transterrados¹². La ayuda inestimable de E. Eidenbenz en coordinación con la Cruz Roja hizo posible la gestión necesaria con la delegación mejicana de Auxilio a los Republicanos Españoles, entre los que partió María García con su hijo Felipe de dos años, hacia la capital de México, donde los refugiados españoles estaban siendo recibidos con los brazos abiertos gracias a la política Cardenista.

Igual de impactante que la guerra para las mujeres republicanas fue el hecho de tener que afrontar esta nueva etapa en un país desconocido, con unos hijos a quien sacar adelante, sin más ayuda que la de sus propios recursos. Muchas fueron las mujeres procedentes de los barracones femeninos que viajaron solas al exilio o con hijos menores esperando reagruparse con sus compañeros, quienes habían tenido la suerte de embarcar algunos meses o años antes. La mayoría, nunca tuvieron más noticias de ellos, pues desconocían que éstos habían rehecho en México su vida formando otra familia.

El año 1952 es la fecha que marca el principio del fin de la etapa de reagrupación de una parte de los miembros de la familia García Torrecillas. Proyecto perfectamente planificado para el que María, como muchas de las mujeres exiliadas no dudaron en recurrir a las redes de ayuda mejicana ya establecida por los primeros exiliados, quienes pusieron en marcha un dispositivo que hizo posible buena parte del éxito de la reagrupación familiar de muchas exiliadas¹³.

Precisamente por estas razón y porque para seguir avanzando en la paz basada en la justicia de la recuperación de la memoria histórica, los recuerdos de las mujeres y hombres a lo que evoca *Mi exilio*, permiten objetivar lo inédito de las dictaduras europeas de los años cuarenta, y decidir lo que es digno de ser transmitido. Tal es el caso de la significación de integrar en la historiografía el caso de las identidades de las mujeres represaliadas, que se desarrollaron en la situación difícil del exilio, de los campos de refugiados, de la vida oculta de soportar el hambre, los abusos sexuales o las inmisericordes pérdidas de sus hijos como fueron las mujeres del sector republicano, las del bando perdedor. Pero en esta significación de las identidades habría que incluir las de otras mujeres que sin haber sido afectadas directamente por estas experiencias se implicaron con “las otras” de forma

12. MATEOS, A.. “Los republicanos españoles en el Exilio cardenista”. *Ayer*, 47 (2002), 107.

13. Los miembros de la familia García Torrecillas: María, Roque y Domingo continúan viviendo en México, a excepción de Juan, fallecido.

consciente, a través de la idea que alimenta la individualidad, el concepto de ciudadanía y la subjetividad de la experiencia de la guerra contra la que todas ellas se rebelaron. De aquí la importancia de este texto donde la autora es la mujer social que reivindica la recuperación de la individualidad de sus congéneres cuya guerra les ha sido patriarcalmente impuesta. Y también reivindica la identidad de las que pudieron mantener la individualidad con un proyecto de vida que quisieron llevar a cabo, al lado de las perdedoras. Tal es el caso de las “ayudadoras”, de las que supieron buscar los medios para proteger a las que padecieron las consecuencias de la guerra, de las que supieron establecer redes de ayuda, de las que negociaron con los responsables de los campos la atención de los niños y seguridad de sus habitantes, mujeres, hombres y niños.

Ahora bien, todas estas identidades tienen el sello de la invisibilidad que el feminismo debe analizar críticamente para poder construir sociedades democráticas. Estas identidades son el símbolo de la solidaridad humana. *Mi exilio* nos sitúa, además, en otras prácticas represivas del comienzo de la dictadura franquista y de lo que supuso para los millares de familias que permanecieron en España y no pudieron salir de sus hogares o prefirieron permanecer en ellos. Historias de vida de las mujeres en los campos franceses de refugiados, de las supervivientes que regresaron a su país y de las que nunca más regresaron y permanecieron en el exilio. En definitiva, es la historia que escasamente se ha recogido en la historiografía existente sobre la represión y exilio, que se ha venido centrando desde la perspectiva de los líderes políticos o de los intelectuales que se vieron obligados a salir del país. Desde los años noventa del siglo XX y primeros años de este siglo, numerosas son las aportaciones que inciden en el análisis de la Guerra Civil, la primera etapa del franquismo, la contribución de los políticos e intelectuales exiliados en los países de acogida y, más recientemente, de la memoria histórica¹⁴. Actualmente, desde el punto de vista de la historiografía feminista, cada vez nos interesa más la memoria individual, la que permite

14. Amplia es la producción en los aspectos que acabamos de señalar. Para no recargar excesivamente la nota, puede verse a: PLA BRUGAT, Dolores: “El exilio republicano en Hispanoamérica. Su historia e historiografía”. *Historia Social*, 42 (2002), 99-121; ALTED VIGIL, Alicia: “De Memoria(s)”. *Migraciones y Exilios*, Dossier nº 5 (2004); *La voz de los vencidos. El exilio republicano 1939*. Madrid, Aguilar, 2005; CORDERO OLIVERO, I. y LEMUS LÓPEZ, Encarnación: “A la sombra de los grandes nombres, el otro exilio”. En CASAS, José Luis y DURÁN, F. (coords.): *Los exilios en España (siglos XIX y XX)*. Priego de Córdoba, 2005; NASH, Mary: *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*. Madrid, Grupo Santillana Ediciones, 1999; RAMOS, M^a Dolores (coord): “República y republicanas en España”. *Ayer*, monográfico. vol. 4, nº 60 (2005); MARTÍNEZ LÓPEZ, Fernando y GÓMEZ OLIVER, Miguel (coords.): *Memoria e Historia*. Servicio de Publicaciones Universidad de Almería, 2008, capítulos 1 y 3.

descubrir las subjetividades y las identidades de género donde se necesitan mayores esfuerzos que nos permitan una visión más amplia de la historia.

A modo de reflexión

El análisis de lo cotidiano a través de la práctica de la microhistoria ha sido la excusa para poner de manifiesto cómo fue el prototipo identitario de ésta y otras muchas mujeres que vivieron la represión franquista, el exilio y supieron reorganizar innumerables colectivos familiares. A mi entender, en las historias que tratan de documentar la experiencia de las mujeres del exilio republicano, y las que vivieron otras prácticas dictatoriales, se entremezclan en los términos que acabo de caracterizar de manera esquemática. En el caso de la experiencia de las que huyeron a Francia, deja clara constancia del funcionamiento fascista en los campos de acogida que pasaron de ser campos de refugiados, a campos de concentración. Todos los refugiados fueron víctimas del autoritarismo francés producto del miedo a que una intensa oleada de refugiados les desbordara todas sus previsiones. La pasividad de las autoridades políticas francesas ante este acontecimiento fue una forma de exterminio en el que la población materno-infantil se llevó la peor parte. Si bien es verdad que la práctica fascisticadora estuvo presente en estos espacios de reclusión y muerte, también cabe decir que, entre otros factores, sin el comportamiento solidario de la ciudadanía francesa en general, la ayuda internacional desarrollada por el núcleo femenino de la Asociación de Ayuda Suiza a los niños víctimas de la guerra y las redes de ayuda mutua entre las exiliadas, no hubiera sido posible la supervivencia de miles de republicanos que se integraron en Francia, se exiliaron a México y a otros países iberoamericanos.

En definitiva, el enfoque de género y feminista son las claves para comprender las redes de ayuda femenina en los campos de refugiados, la actuación en la maternidad francesa de Elne y el fenómeno de la reagrupación familiar en México. La obra de María García permite, además, adentrarnos en otro prisma como es la reconstrucción de la historia de la vida cotidiana de las republicanas españolas en el exilio, que necesita de la explicación de fenómenos de interculturalización y de integración, que fueron posibles gracias a un minucioso plan diseñado por las propias mujeres y llevado a cabo con la ayuda de otras a quienes no les afectaba directamente la cadena de prácticas represivas. Sin embargo, y por mucho que las diferentes situaciones vividas entre los hombres y mujeres exiliados de la República no sean perceptibles en el conjunto de estas memorias, implica sin duda posiciones diferenciales respecto a las mujeres, quienes reprodujeron un modelo de obligaciones comunitarias que ellas llevaron a cabo a través de las redes de ayuda y asociacionismo femenino.